

SOLEDAD PUÉRTOLAS

Cuarteto



La princesa de un reino sufre una extraña enfermedad; ninguno de los médicos, sabios y curanderos consultados por su padre el rey da con la cura, y esta llegará de un modo inesperado... El hombre rico de un pueblo contrata a una maestra para sus hijos y permite a otros chicos asistir a las clases; uno de ellos se queda prendado de la maestra y tiempo después tratará de dar con ella... Una joven deja la isla en la que vivía con su padre viudo, monta en la ciudad un salón de té y conoce a una clienta que desaparece misteriosamente... La esposa de un médico lo abandona para irse al norte a trabajar como científica; un día a él le llega la noticia de que está muy enferma y emprende un viaje hacia ese lugar remoto para verla por última vez...

Cuatro relatos a la manera clásica con un *twist* moderno. Cuatro relatos que hablan del amor –no siempre consumado, a veces esquivo–, del paso del tiempo, de ausencias, de reencuentros, de secretos, de historias que pueden tener varios finales posibles...

Cada uno de ellos lleva por título una locución latina –*horror vacui, ceteris paribus, festina lente, noli me tangere*– alrededor de cuyo significado gira la trama. Una prosa elegante, pinceladas sutiles, un clima envolvente y personajes sugestivos y matizados son algunos de los elementos con los que Soledad Puértolas ha ido construyendo su ya extensa obra. Estos cuatro relatos exquisitos, profundos y emocionantes son una buena muestra de su espléndida madurez literaria.

Índice de contenido

Cubierta

Cuarteto

1. Horror vacui

2. Ceteris paribus

3. Festina lente

4. Noli me tangere

Sobre la autora

Para Diego y Gustavo

1. *HORROR VACUI* (HORROR AL VACÍO)

En un año lejano y perdido en la historia y en un reino todavía más remoto y perdido, ocurrió un hecho que conmocionó de forma extraordinaria a sus pobladores y que extendió su fama y su influencia hasta unos límites hasta el momento desconocidos. El caso se comentó más allá de sus fronteras y, en cierto sentido, las empujó hacia atrás, casi las derribó.

La idea de *horror vacui* estaba en el aire. Todo el mundo sabía, más o menos, qué era. Más o menos. Es decir, se sabía muy poco, apenas nada. Una enfermedad, desde luego, pero una enfermedad enigmática, ya que no podía contraerla cualquiera y, por lo que se decía, tampoco era contagiosa. No era como la peste, de la que, por desgracia, se había tenido cierta experiencia. La peste había invadido el reino en diferentes oleadas como el más destructor de los ejércitos enemigos. Había supuesto, en un principio, reclusión y confinamiento y, finalmente, entierros masivos, grandes hogueras purificadoras y denodados esfuerzos de supervivencia. Cada vez que la epidemia había hecho su aparición, se había tenido que poner en marcha el difícil proceso del combate e, inmediatamente, ya vencida la enfermedad, volver a plantar los cimientos de una nueva pero precaria y frágil sociedad, más endurecida que la anterior y más desconfiada, llena de vicios egoístas, que luego llevaba largo tiempo extirpar.

¡Qué difícil es que los seres humanos abandonen sus malas costumbres tras un periodo de disipación!, ¡qué costoso resulta, a su vez, reinstaurar la normalidad perdida

por terribles causas imprevistas y volver a plantar en los corazones humanos sentimientos de compasión y generosidad!

Por fortuna, el *horror vacui* no era una plaga. Tenía otra particularidad, la enfermedad escogía a sus víctimas entre gente que, en general, disfrutaba de ciertos privilegios. Era raro que a un simple campesino le acometiera el *horror vacui*. En cambio, había casos, aunque pocos, en que un soldado había sucumbido al extraño mal. Se conocía a uno o dos clérigos que habían sido atacados por la enfermedad, se rumoreaba que, en un famoso convento de monjas, había habido un brote –por fortuna, había podido podarse a tiempo– en la misma cúpula del poder. Pero era en las casas de los nobles donde la enfermedad transitaba con mayor comodidad, lo cual desconcertaba a los galeños, aunque, a la vez, les servía para incrementar los honorarios que pedían por la prestación de sus servicios. El *horror vacui*, por lo que se decía –todo eran rumores–, producía en sus víctimas un irreprimible anhelo de actividad y urgencia, un desasosiego que les impedía detener el flujo de sus impulsos, movimientos y actividades. Los enfermos, en cuerpo y en alma, se sentían condenados a mantener una incesante actividad. En cambio, los sentimientos, que crecen en la parte más profunda y, en cierto sentido, más estática de los seres humanos, no sucumbían al contagio de ese afán frenético. No luchaban contra él, se retraían. Se reducían al máximo. Quién sabe si no llegaban a desaparecer.

Los enfermos de *horror vacui*, aunque no paraban de moverse y siempre tenían algo en las manos, por lo que no prestaban demasiada atención a cuanto les decían los demás, tenían un aspecto bastante normal, pero en las escasas ocasiones en que se detenían, en que se quedaban fugaz pero completamente inmóviles, producían la terrible sensación de no tener nada dentro. Eran seres vacíos.

Sí, ahí se captaba la esencia del terrible mal. Ese era, sin duda, el *horror vacui*.

Alrededor de la misteriosa enfermedad habían proliferado todo tipo de sacerdotes, curanderos y charlatanes, que decían conocer el remedio y que competían entre ellos para ganarse la confianza de los más distinguidos y adinerados enfermos. La credulidad que frente a esa clase de penalidades muestran los hombres y las mujeres de la nobleza es equiparable a la que surge entre las gentes más pobres e incultas. En los dolores y estragos que causa la enfermedad, todos somos iguales. Ricos y pobres, nobles y villanos, todos empeñan sus bienes –pocos o muchos– cuando les anima la esperanza de sanar.

Empezó siendo un vago rumor, pero, poco a poco, fueron extendiéndose noticias, que provenían de fuentes muy distintas, sobre su veracidad. La princesa heredera del trono había caído enferma. Se trataba de aquella dolencia maldita, el terrible y, por lo que parecía, incurable *horror vacui*. Las enfermedades resultan especialmente crueles cuando atacan a un cuerpo muy joven, en la flor de la edad. Más aún, cuando ese cuerpo reúne todos los requisitos de perfección y de armonía. ¡Qué triste espectáculo ofrece la destrucción de la belleza! Los hombres y las mujeres del reino estaban consternados. ¿Quién podía soportar la idea de que tras la hermosa apariencia de la joven no hubiera nada, tal como a veces se atisbaba en sus ojos carentes de expresión, perdidos dentro de sí mismos, espantosamente vacíos? ¡Pobre princesa!, ¡pobre Rey, también, que había enviudado en el mismo instante en que su única hija viera la luz que ilumina la tierra que habitamos! Los pobladores del reino estaban desolados.

Al fin, la noticia se hizo oficial. En la plaza mayor de los pueblos se leyó un Comunicado Real. La princesa estaba gravemente enferma. Se habían probado ya numerosos remedios, pero ninguno había dado resultado. El Rey, antes de perder toda esperanza, se dirigía a su pueblo para

pedirle ayuda, la que le pudieran prestar. Cualquier sugerencia, viniera de donde viniera, sería considerada y convenientemente agradecida, y no digamos si finalmente procuraba un buen resultado, ¡qué gran recompensa recibiría el benefactor!

Los ávidos de dinero o de poder fueron los primeros en movilizarse. No importa cuánto tuvieran. Querían más. Altos dignatarios de todas las religiones del reino, prestigiosos expertos en enfermedades raras, reputados profetas, aclamados líderes de diferentes y contrarias sectas y, en fin, pícaros de todas clases presentaron al consejo de médicos encargado del asunto gran cantidad de supuestos remedios. Algunos de ellos fueron rechazados por considerarse peligrosos, ya que exigían una colaboración activa, y ciertamente arriesgada, de la bella princesa. Otros fueron desechados en función de su misma simplicidad, que resultaba casi ofensiva. Otros fueron rechazados por el mismo Rey, que, si bien había pedido ayuda al pueblo en su totalidad, sin hacer distinciones entre quienes presentaban credenciales y quienes no tenían otro aval que el que se daban a sí mismos, en cuanto vio la cara de los médicos, sacerdotes o profetas —o lo que fueran— que proponían los remedios, ya no quiso saber nada más. Eran rostros adustos, torcidos, malintencionados. Finalmente, un buen número de los remedios propuestos fueron sometidos a pruebas que demostraron su completa inutilidad.

Después de los pícaros, vinieron los tontos. Literalmente: aquellos que nunca habían dado señales de tener un solo pensamiento coherente en la cabeza. No vinieron solos, sino que los traían sus familiares o conocidos. Con los tontos, el consejo de médicos anduvo entretenido durante varias jornadas, pero al final no se quedó con ninguno. Resultaban demasiado impredecibles. Las cosas, si se les seguía la corriente, podían acabar mal. El Rey no llegó a recibirles, y elogió la prudencia de los consejeros. Luego,

fue el mismo Rey quien propuso que se indagara en unos tontos que no fueran tan tontos. Gente dócil y trabajadora, esa clase de personas que nunca preguntan nada ni se quejan de nada. Quizá estos tuvieran la clave de la satisfacción.

Tampoco por ahí pudo obtenerse ningún remedio. Lo más que podía sacarse de esas personas era un leve encogimiento de hombros, un amago de sonrisa, un mínimo reflejo de luz en sus pupilas. Todo era opaco en ellos. Les hablaban de la enfermedad de la princesa y era como si les dijeran que ya era la hora de comer o de dormir o de irse a paseo. No se conmovían por nada. Y cuando sus hombros se encogían ligeramente o cuando parecía que la comisura de sus labios se curvaba un poco hacia arriba o cuando un punto de luz se atisbaba en sus ojos, al final se comprendía que esos gestos mínimos tenían unas causas concretas, una molestia en la manga de la chaqueta, una miga de pan en el bigote, el reflejo cegador de un cristal que proyecta los rayos del sol.

El Rey, tras haber escuchado los consejos y propuestas de sabios, pícaros y hechiceros de todas clases, de mentes maliciosas y benévolas, de aprendices de mago y de aspirantes a genio, de gente común y corriente y de tontos de solemnidad, decidió afrontar el problema en soledad. En el largo desvelo de la noche, desde el intenso y constante dolor que le causaba la extraña enfermedad de su hija, asomado al jardín que la luna iluminaba débilmente, se encontró hablando con su difunta esposa, a quien apenas había conocido, y que llevaba más de quince años muerta. Era casi una niña cuando se habían celebrado los esponsales y no la había vuelto a ver hasta que apareció en palacio, una mañana de junio de algunos años después, preparada ya, según dictaban las normas, para la vida conyugal. ¡Qué breve había sido esa vida! Ahora el Rey se lamentaba de haber apurado la dicha tan deprisa. Se había bebido la vida de un solo sorbo. Se asombraba de

no haber recibido ningún consejo o quizá era que no lo había escuchado. Era demasiado fogoso y la visión de la bella jovencita le había nublado el juicio.

Los médicos se lo dijeron después. Habría sido más prudente esperar un poco. La jovencita, según dijeron, acababa de superar una larga enfermedad y aún no había recuperado el vigor que se necesita para llevar una vida plena ni, mucho menos, para alimentar en su seno una nueva vida. Esa nueva vida se llevó por delante lo que quedaba de la suya. La perfección y belleza de la pequeña Georgina iluminó los últimos momentos de la vida de su madre. La llenó de felicidad. La joven reina ni siquiera se dio cuenta de que se estaba muriendo.

Al Rey no se lo dijeron enseguida. Lo sacaron en volandas de la habitación con la excusa de que la Reina necesitaba descansar. Ya tendría más adelante tiempo de sobra para ver a la pequeña princesa. La Reina murió de forma instantánea, como fulminada por un rayo, mientras aún tenía entre sus brazos el delicado y hermoso fruto de su vientre y el Rey cruzaba el umbral del cuarto rumbo a sus aposentos.

Le comunicaron la noticia al anochecer, una vez que los pájaros han puesto fin al estruendo con que se despiden de la luz y empiezan a oírse, aquí y allá, los ruidos solitarios de la noche, ladridos de perro, maullidos de gatas en celo, tan parecidos al llanto de los niños, débiles y lejanos aullidos de lobos, en ese breve lapso de tiempo en que resulta más fácil resignarse a la pérdida, que pronto quedará cubierta por la sombra alargada de la noche, cuando la curiosidad por conocer los detalles del día ha ido empalideciendo y todo parece encajar en la idea de desaparición y de oscuridad.

El Rey estaba preparado para la noticia, eso dijeron todos. En su fuero interno, lo debía de saber, porque, nada más escucharla, se sumió en un profundo silencio, más propio de un filósofo que de un ser humano cualquiera,

por muy rey que fuera. Enseguida adquirió reputación de profeta. Sus súbditos sentían hacia él un respeto casi sagrado y quienes tenían la suerte de conocerlo más de cerca competían en desgranar los más laudatorios adjetivos para describir sus virtudes.

La princesa Georgina, hasta el momento de hacerse pública su extraña enfermedad, era querida por su pueblo, que veía en ella a la Reina de la que apenas había disfrutado y por quien aún sentía una dulce compasión. La imaginaba adornada de extraordinarias cualidades. Sería, sin duda, una digna sucesora del Rey filósofo y, cuando le tocara hacerse cargo del reino, se ganaría con facilidad la admiración y confianza de todos los súbditos.

El Rey, abrumado por la enfermedad de su hija, decepcionado por los sucesivos remedios que se le habían aplicado a la enferma y que se habían revelado completamente inútiles, pasaba muchos ratos en la sola compañía de sus perros, tres enormes mastines de color marfil, incluso les hablaba, como si creyera que podían entenderle mejor que los seres humanos que le rodeaban. Bastaba mirar, para entregarse a esa ilusión, los grandes ojos castaños de los perros, colmados de bondad y de compasión, infinitamente cansados de algo que bien podía ser un reproche por no ser considerados como los seres que realmente eran. Los humanos fueron muy deprisa dando nombres a los perros. Muy deprisa, porque los humanos, en cierto modo, son –somos– todos víctimas del *horror vacui*. Eso se decía el Rey, hundiendo sus dedos, con una complacencia de la que no era del todo consciente, en el abundante y algo áspero pelaje que cubría el cuerpo de sus mastines.

Por las noches, el Rey salía a la balconada a la que daban sus habitaciones y que recorría parte de la fachada del palacio, y se entregaba a la contemplación del jardín,

envuelto en sombras, que se extendía a sus pies. Hablaba solo.

Una noche, de pronto, dirigió sus palabras a su esposa como si creyera que ella vivía allí y que seguía siendo la bella jovencita que, una mañana de junio, apareció en palacio cargada de bienes y de una docena de criados, hombres y mujeres, y tres damas de honor, con la idea de pasar la vida a su lado, de ser su esposa y de proporcionarle descendencia. No había visto nada más hermoso en su vida. Hacía tiempo que en aquel palacio no había puesto sus pies una jovencita tan bella. Las criadas y las damas que atendían a los reyes tenían una edad indefinida y vestían ropas discretas de colores pardos. La antigua Reina, que ya había muerto porque eso es lo que sucedía con las reinas, que morían muy pronto, tampoco había sido aficionada al lujo. Durante la infancia del Rey, siendo príncipe, se habían producido muy pocas celebraciones. La palabra «fiesta» era casi desconocida. Aquellos años habían sido de guerras, plagas, epidemias y muchas penurias, pero en el país ya reinaba la calma y se vislumbraba una época de prosperidad. La llegada de la princesa Rosalinda lo cambió todo. En la vida del Rey, en la vida de palacio, en la vida del reino. Cuando la joven princesa recibió la corona de Reina, el pueblo disfrutó, por primera vez en muchos años, de una auténtica fiesta.

La noche en que el Rey habló con la Reina difunta no distinguió su figura entre las sombras, aunque la veía nítidamente en su interior, pero, a medida que se sucedieron las conversaciones nocturnas, la silueta de la joven Reina se recortaba, luminosa, entre la oscuridad de los árboles y los altos muros del jardín. Aquella primera noche, el Rey le contó sus cuitas a la joven Reina y le preguntó si ella había tenido noticias de aquella enfermedad tan extraña que había contraído su hija y para la que no parecía existir remedio alguno. La Reina Rosalinda, tras escuchar atentamente las quejas del Rey Doncel, le dijo que en el reino de los

muertos se sabían cosas que se ignoraban en el reino de los vivos y que, aunque ella, por su parte, nunca había oído hablar del *horror vacui* ni imaginaba en qué pudiera consistir, conocía a personas que podrían orientarla. En el reino de los muertos las relaciones entre las personas son muy sencillas. No siguen ningún protocolo. Todos son iguales allí, no hay rangos ni categorías. Los muertos son, por encima de todo, muertos. No se andan con rodeos. Si alguien quiere hablar con alguien, lo hace. No hace falta recurrir a ningún intermediario ni establecer una cita previa.

Noche tras noche, la difunta Reina Rosalinda le relataba al Rey Doncel el resultado de sus indagaciones, que avanzaban lentamente, porque los muertos, aunque son muy directos en su modo de expresarse, nunca tienen prisa y se lo toman todo un poco a la ligera. También son proclives a la distracción, aunque siempre acaban retomando el hilo perdido y suelen presumir de lealtad. Si se les pide algo, ellos cumplen. Tarde o temprano, pero cumplen.

Una noche, cuando ya la visión interior que el Rey Doncel tenía de la Reina Rosalinda se había convertido en una figura nimbada de luz que destacaba entre las sombras, dijo la Reina:

—Por lo que me has contado y yo, a mi vez, he ido contando a otros, hay todo un grupo de personas, me refiero al mundo de los vivos, que han quedado excluidas de tus consultas. Y a ellas, me dicen, hay que recurrir. Se trata de los vagos, de los inútiles. Estas personas deambulan por ahí, sin acabar de fijar su rumbo, sin oficio ni beneficio, o con escaso oficio y no mayor beneficio, estorbando el paso de los otros, desacelerándolo todo, encogiéndose de hombros de verdad, desde lo más profundo de su alma, a veces riéndose, o sonriéndose, a veces quejándose, a veces durmiendo, a veces cantando. A veces, opacos, a veces, brillantes. Según me han dicho, por muchas clases de

pícaros que existan, contando a los que se creen buenos y a los que son tenidos como tales, el universo de los vagos presenta muchos más matices. Algunos de ellos son francamente difíciles de detectar. Pero esas son cuestiones de detalle. Lo importante ahora es hacerse con un grupo selecto de vagos, ponerles al tanto del problema y escuchar sus propuestas. No puedes esperar que todos respondan, claro está, porque se trata de vagos, es decir, de personas dadas a la inacción. Pero alguno te contestará, porque a los vagos también les gusta enredarse en la resolución de problemas, especialmente de los difíciles, y, de vez en cuando y como por casualidad, aciertan.

—Quienquiera que sea el muerto del que has obtenido este consejo, querida Rosalinda —dijo el Rey—, parece alguien de gran perspicacia, y estoy dispuesto a seguirlo, una vez que, habiendo probado tantas cosas, me encuentro en un punto muerto, del que quiero salir como sea. Convocaré a los vagos, vive el Cielo, y les plantearé la penosa situación en que se encuentra nuestra amada Georgina. Alguno de ellos, creo yo, a pesar de su naturaleza radicalmente pasiva, se sentirá conmovido y dispuesto a prestarnos ayuda, en forma de consejo, de pócima o de lo que sea. ¡Qué poco hablamos cuando estabas viva, Rosalinda!, ¡qué de conversaciones provechosas o simplemente felices nos perdimos! Por milagrosa fortuna, se nos ha concedido esta segunda oportunidad, aunque nace de una grave desdicha, como es la enfermedad de nuestra hija.

Pero el Rey estaba hablando solo. La figura luminosa de la Reina Rosalinda ya había desaparecido. Los mastines del Rey, que dormían bajo la balconada y que, mientras había discurrido el coloquio entre los esposos, habían mantenido erguidas sus enormes cabezas, se relajaron y parecieron desentenderse de ellas. Sus cuerpos desmadrados, recorridos por respiraciones acompasadas y sono-

ras, hundidos, casi derramados, en la tierra, velaban la calma de la noche.

El Rey convocó al Consejo del Reino. Prudentemente, no desveló la fuente de aquella idea –recabar la opinión de los vagos– que, ante su propio asombro, fue inmediatamente aceptada por todos. Hasta hubo quien se palmeó la frente, como castigándose un poco por no haber pensado en ello. Los vagos, claro, dijeron.

¡Qué gran idea!, los vagos están a salvo de padecer *horror vacui*. A ellos no les preocupa en absoluto la falta de actividad o de utilidad. No piensan en el porvenir. El concepto de provecho no cabe en sus cabezas. De forma natural, se dedican enteramente a perder el tiempo. Así es como entienden la vida. Si alguien podía tener la clave para resolver el *horror vacui*, ese alguien tenía que ser un auténtico vago, una criatura a quien el sentido del tiempo no le causara la menor perturbación, porque, según había dictaminado, tras innumerables reuniones, el Consejo del Reino, era allí donde residía el origen del problema, en el tiempo, en el sentido del tiempo. Los enfermos de *horror vacui* tenían propensión a hundirse y quedarse para siempre en una diminuta proporción de tiempo. Una décima de segundo podía ser insoportable para ellos. Eso les llevaba a mantenerse siempre en un movimiento agotador, extenuante.

¿De qué forma puede convocarse a los vagos, que nunca tienen deseos de moverse, que no son fácilmente alanceados por la curiosidad? A los vagos no se les convoca. Se les busca, se les trae al lugar donde serán entrevistados. Por sí mismos, no harían nada. Para llevar a un vago a palacio hay que recurrir a regalos, hay que proporcionar comodidades. Nada de imposiciones, nada que despida el más ligero olor a orden, a deber.